

Simbolización y sobrevivencia: el objeto salvador

*Fanny Blanck-Cereijido**

Muchos psicoanalistas tenemos experiencia en la atención de personas que sufrieron experiencias conmocionantes y catastróficas: prisión, violencia, degradación, terror y pérdida de un mínimo marco referencial.

Si bien conocíamos estas situaciones por la historia europea del siglo XX, los procesos de las sangrientas dictaduras militares de los 70 en el Cono Sur y las crisis económicas con sus secuelas de desempleo y miseria de vastas zonas de la población se han agregado a la casuística de los campos de concentración nazis y soviéticos como generadoras de patologías sociales. La ruptura brutal de las condiciones de existencia cotidiana, del enmarque propio de la vida traen desamparo, vulnerabilidad y dolor psíquico. La existencia transcurre en un medio material y emocional que permite la emergencia de la individualidad, del deseo inconsciente y de las historias particulares y colectivas, ya que la aparición de lo humano depende del otro, y consignemos que el Diccionario de María Moliner (1990) define desamparo como falta de ayuda o protección, desabrigo, desvalimiento. Dice: «volver la cabeza y no tener adónde, volver la mirada, no tener a quién».

En condiciones extremas el terror, el constante peligro de vida, el aislamiento, la desaparición de los valores, leyes y prohibiciones con la anomia consiguiente, dan lugar a un contexto impredecible,

* Miembro de APDeBA y de la Asociación Psicoanalítica Mexicana. Francia 131 casa2
CP 01030 México, DF México. E-Mail: Cereijido@laneta.apc.org

cambiante, aterrorizador y desorganizante. Esto sucede con alguien que está en prisión pero también, de otro modo, con alguien que no sabe si conservará su trabajo, su posibilidad de subsistencia, o si la falta de medios lo va a orillar a la emigración.

La existencia del marco social, del reconocimiento del otro posibilita la emergencia del sujeto, de la sublimación y de la socialización. La sublimación, afirma Castoriadis (1987), define la vida humana a través del dominio del placer de la representación sobre el placer de órgano, y de la búsqueda de objetos investidos socialmente, siendo así el eje subjetivo del funcionamiento de la institución social. La socialización permite el acceso a la genealogía personal, familiar y social. La ruptura de la trama inter y transubjetiva destruye estas funciones y si es afortunado, el individuo logra mantener la autoconservación, forma en la que el yo se representa la conservación de la vida, pero difícilmente la autopreservación, que atañe a los enunciados identificatorios del yo (Bleichmar, 2003).

Castoriadis sostiene que la psique sale de su estado monádico a condición de que encuentre un sentido en el espacio social. Este espacio es un magma de significaciones imaginarias que otorgan sentido a la vida individual y colectiva. De ahí el peligro cuando el espacio social desaparece como sucede en situaciones de violencia extrema. Como respuesta al sinsentido imperante, los campos de concentración y las prisiones estaban llenos de sujetos que permanecían aislados, no se levantaban, no comían, ni llevaban a cabo las mínimas acciones que les podrían haber dado alguna esperanza de vida. Se los llamaba «musulmanes» y sucumbían rápidamente al hambre o a manos de sus captores. Cuando las condiciones de la vida laboral y social se vuelven impredecibles o cunde la desocupación encontramos «musulmanes» no solamente en prisión, si no circulando por nuestras ciudades (Blanck-Cerejido, 2003).

El estudio de situaciones que dependen fuertemente de lo social traumático nos lleva a buscar marcos referenciales útiles y nuevos y las teorizaciones de Castoriadis nos proporcionan herramientas en este campo. Él propone pensar el Inconsciente

como capacidad de emergencia de representaciones nuevas, con prospectiva, no solamente repetición del pasado. Esto coincide con la creación de sujetos autónomos y deliberantes, que pueden adoptar decisiones ligadas a la situación colectiva e histórico social. La actividad libre de un sujeto contempla la libertad de los otros. La facultad más propia de la psique es la imaginación radical, la creación de representaciones que no se reducen a la especularidad, representaciones investidas de sentido, un sentido cuya producción es fuente de placer.

Volviendo a nuestra historia, munidos de estos elementos teóricos veremos cómo y por qué, de los que pasaron por campos y prisiones, algunos individuos lograron, asombrosamente, sobrevivir. Hice una serie de reflexiones acerca de esta posibilidad de supervivencia a partir de un relato que aparece en un libro de Theo Richmond (1995), periodista y cineasta inglés, sobre la historia de Konin, una pequeña ciudad en la frontera entre Alemania y Polonia, en la que habían nacido sus padres.

El libro de Theo Richmond sobre Konin incluye un relato muy peculiar, acerca de un sobreviviente de un campo de concentración nazi que, según él había logrado sobrevivir gracias a un objeto que él mismo se construyó con un vidrio, un trozo de metal y una banda elástica: “un reloj”. Pensaba que con este objeto, absolutamente ficticio, había podido conectarse con los hombres de afuera del campo, que conocían la manera de medir el tiempo, y que con ello se alejaba de la condición infrahumana en la que querían colocarlo sus captores.

Esta historia, unida a otras dos, una de Jorge Semprún (1995) y otra de Jorge Castillo (1994), me han llevado a reflexionar acerca de qué tipo de objeto o mecanismo psíquico se pone en juego para lograr la sobrevivencia en condiciones infrahumanas. Es decir, en lugar del acostumbrado camino de nuestros historiales psicoanalíticos, en los que buscamos la razón de que alguien haya enfermado, en el presente artículo intento comprender por qué razón, alguien sometido a condiciones absolutamente traumáticas y patógenas, no enferma, sino que por el contrario preserva su condición de ser pensante. Para ello discutiré algunos

casos, comenzando por el propio que relata Theo Richmond en su libro **Konin**, que como digo, me movió a producir el presente trabajo.

Richmond entrevista a Mike Jacobs (ex Mendel Jakubowicz), que había sobrevivido un largo período de encierro en el campo de concentración de Mauthausen, y que ahora era dueño de un importante establecimiento de reciclaje de restos de metal en Texas. Mike Jacobs le muestra un objeto que, a primera vista, parece un reloj común, pero que una mirada más próxima revela como un mero trozo de aluminio que carece de máquina y carátula, de números y manecillas. “Esto me mantuvo andando” explica Mike “Cuando veía a uno de los SS usando su reloj, yo me decía: “Afirman que no soy humano, que no tengo cerebro. Pero yo sé que lo soy, que construí mi reloj con restos de partes que hacíamos para los Messerschmitts, y hasta le puse mi número de prisionero: 11860”. Luego comentó que si hubieran descubierto que usaba dicho “reloj”, no habría vivido para contarlo. “Mi brazo era muy delgado y me permitía usar mi reloj muy arriba, bajo la manga. Cuando lo miraba podría ver la hora. Bueno, sabía que no podía ver realmente la hora, que era una hazte cuenta. Pero así y todo era más que un reloj, pues lo había hecho yo, era mío, tenía algo a que aferrarme”.

Bettelheim (1960) relata que en los campos los prisioneros nunca eran llamados por su nombre ni por su título, sino que se dirigían a ellos por su número o por apelativos degradantes como basura, mierda, etc., y en el mejor de los casos, se les trataba de tú. Este trato estaba destinado a ejercer una presión constante para convertir a los sujetos en objetos. Situaciones de encierro y temor como la vivida por Mike son experiencias no simbolizables que producen discontinuidades, vacíos y agujeros en la memoria.

El genocidio se propuso el asesinato y desaparición colectiva de los sujetos, la desaparición de comunidades y la ruptura de la cadena de transmisión simbólica a los sobrevivientes (Piralian, 1987). Así, es paradigmático que Hitler haya inaugurado su llegada al poder con una gigantesca quema de libros y quienes tuvimos que vivir bajo regímenes totalitarios sabemos de la importancia

de esconder o destruir libros. ¿Por qué este ataque a los libros? El libro es la materialización del padre simbólico freudiano, que ha sido devorado canibalísticamente en la identificación primaria, incorporación que da al sujeto el sentimiento de pertenecer a una familia, a un pueblo. El libro de cada pueblo, Biblia, Evangelio, Corán o la transmisión oral de historias, mitos y costumbres, representa la articulación del individuo con su grupo, con su pasado histórico y con su cultura. Estas características particulares son apropiadas por los sujetos a través de la identificación con el padre y con su grupo, y cada uno obtiene de este modo la capacidad de dar vida al niño por venir, que perpetuará la cadena generacional. Por eso los genocidios comienzan regularmente por la quema de bibliotecas (Haddad, 1993), pasión biblioclástica que ataca metódicamente lo simbólico y que se completa con la destrucción física de las víctimas, que privadas de su condición humana han sido convertidas en objetos superfluos y prescindibles (Blanck-Cerejido, 1998).

En este trabajo propongo que frente a situaciones de aniquilación o devastación que aparecen en catástrofes sociales como los genocidios, las posibilidades de sobrevivencia residen en la conservación o instauración del registro simbólico atacado. Se trata de circunstancias en las que el objeto a salvar es la cultura, el lazo social y el lenguaje estético compartido, que implican sentido y pertenencia. En los casos que describo esto fue logrado merced a la construcción de objetos con características ilusorias o merced a la desmentida parcial de la realidad inaceptable. Vale decir que frente a una amenaza de desaparición, desmentir algunos aspectos de la realidad puede constituir un modo de preservarse.

El «reloj» de Mike es una creación que pertenece a lo sublimatorio, a lo cultural, que establece un nexo entre el sujeto y la humanidad. La planta de reciclaje de metal que posee en Texas es una prueba de su capacidad sublimatoria, ya que se dedica a transformar la chatarra, ligada en su historia a su estadía en el campo, en algo útil, metaforizando su propia posibilidad de no ser un cadáver desechable, sino un hombre. Su afirmación de haber logrado su unión con los otros hombres a partir de la posesión de

un “reloj” y de la lectura del tiempo, implica la creación, en su mente, de otros con quienes él establece una comunidad a través de un bien de la cultura. Las nociones de tiempo y espacio, los a priori kantianos, suministran el telón de fondo para el pensamiento lógico. Esto lo saben los psiquiatras cuando le preguntan al paciente en qué lugar se encuentra y la fecha, para saber de su “cordura”. Mike debía intuir la importancia de la función temporal en su búsqueda del tiempo de los hombres. A través de su “reloj” crea de esta manera un grupo humano en el que él mismo se incluye, que lo reconoce como miembro y que, en su mundo interno, le otorga significación de persona. De este modo rehace una posibilidad de ser reconocido como sujeto pensante y creativo, escapando a la muerte que le impone la falta de reconocimiento en que se lo sumerge. Se rescata así del poder total que el ambiente represivo y brutal trata de ejercer sobre él.

Frente a estas condiciones el “reloj” de Mike descerraja un mecanismo propio del sujeto, que le da una posibilidad de orden y sentido, como si fuera un efecto catalizante que lo vuelve a reinstalar en un universo con legalidad. La amenaza de muerte actúa como estímulo creativo y Mike elabora un elemento simbólico que le da una pertenencia, si bien secreta, a un mundo organizado de valores y supuestos compartidos. El secreto en torno a su creación salva algo de las garras del perseguidor, crea un territorio íntimo que no es traspasado, asegura un espacio autónomo que establece una cadena con los otros en la que la persecución no hace mella, ni tiene efecto el asesinato de lo simbólico, de las creencias, de las convicciones e ideales, de su relación consigo mismo y con su historia. Protege de esta manera su narcisismo con las funciones yoicas que dependen de él: pensamiento, discriminación, autoestima, noción tiempo-espacial.

El estatuto teórico de este “reloj”, que a través de la “medición del tiempo” restaura el mundo humano, presenta varios interrogantes. No está investido de una certeza delirante, ya que su autor reconoce en todo momento que le es vital, pero que así y todo no constituye un objeto que conforma un reloj real, es decir,

no nos encontramos frente a un elemento psicótico, a una falla atributiva del juicio.

Para ser eficaces, estos objetos deben ser investidos por una creencia, pueden ser caracterizados, entonces, como una ficción investida por una creencia.

“Creencia”, dice Corominas (1980) proviene del latín *credere*, dar fe, aceptar como verdadero o real, imaginar, confiar. Ferrater Mora (1958) afirma que, por un lado, se ha identificado la creencia con la fe y se la ha opuesto al saber. Por otro lado se sustenta que todo saber y toda afirmación tienen su base en una creencia. Cita a Ortega y Gasset, quien afirma que no es lo mismo pensar una cosa que contar con ella. Contar con ella es lo particular de la creencia, y las creencias son de este modo el estrato más profundo de la vida humana, el terreno sobre el cual se mueve la vida. Este contar se liga con la confianza, que puede ser definida como un esperar algo con firmeza y seguridad, o dar por sabido que se cuenta con algo necesario; es abrirse a posibilidades que se esperan y se creen.

También Winnicott (1971) se refiere a estas creencias cuando escribe: “El espacio potencial entre el bebé y la madre, entre el niño y la familia depende de experiencias que llevan a la confianza. Esta puede ser considerada sagrada para el individuo, ya que en el seno de esa confianza él experimenta una posibilidad de vida creativa”. Lo creativo aparece en el área de la propia vida, de la ilusión, del juego, en la creación del objeto transicional, en las diferentes formas en que puede aparecer el pensamiento simbólico.

En cuanto a la ilusión, se la puede definir como la imagen mental de algo inexistente, que se considera real y se produce a partir del deseo. También se la equipara con la fantasía, el sueño y la utopía. Según Pontalis (1977), la ilusión era clásicamente cuestionada como una ficción sustentada por el deseo y opuesta a la realidad. Otra concepción, agrega el autor, la considera como la condición necesaria para una relación creativa entre la realidad externa y la realidad psíquica, como el método subjetivo para darnos a conocer frente a nosotros mismos y a los demás y permite la realización de la subjetividad y el reconocimiento mutuo entre

los sujetos: la ilusión sustentada. La ilusión omnipotente del bebé de constituir un todo con la madre, si bien resulta necesaria para su desarrollo, también es ilusoria, de modo que reconocemos un sitio primordial a la fantasía y a la ilusión en la fundación constituyente del sujeto.

Encuentro que lo que Jorge Semprún (1995) relata en su terrible y maravilloso libro *La Escritura O La Vida* está relacionado con el proceso de recuperación de lo simbólico. Durante su estadía en Buchenwald, Semprún se reunía con sus amigos los domingos en las letrinas, ya que ahí eran poco vigilados, a recitar poesía: Baudelaire, Valéry, Heine. Recitar poemas a veces a coro, “*entre el ruido ensordecedor de los zuecos de madera que se alejaban al galope para alcanzar los barracones en el último momento antes del toque de queda*”. En este caso es obvio que la búsqueda fraterna de los amigos era revitalizante, pero además el recitar poesía rehacía el acervo de palabras, les reaseguraba la posesión de los recuerdos, permitía que cada uno fuera el libro del otro, y le daba sentido a la vida durante la espera entre domingo y domingo.

Otra experiencia absolutamente notable es la relatada por Jorge Castillo, marchand de arte encarcelado durante varios años en Uruguay. Su experiencia aparece descrita en *Interpretar, Conocer, Crear* (1994) y es comentada por Marcelo Viñar, Maren Ulriksen de Viñar y Janine Puget¹. Así Marcelo Viñar escribe: ... “*Jorge Castillo necesitó evocar y entregarnos el momento en que en el acmé de su atribulada soledad y demolición, atisbó a través de una lejana banderola la rama de una palmera agitada por el viento, y fue esta estimulación visual que lo condujo sin solución de continuidad a la evocación de las pinturas de la selva tropical con que un pintor holandés del siglo XVII, Frank Post, celebraba e inmortalizaba su descubrimiento del Nuevo Mundo. Y esta experiencia, fugaz y puntual, fue inaugural e instituyente de un modo de escapar de la realidad de terror que su presente le imponía y desde la cual pudo construir, con su memoria y el acervo cultural de su experiencia, el reducto de evasión y de refugio que*

1. Aunque este material ya ha sido publicado lo reproduzco por su pertinencia al tema.

le permitieron transitar sin destruirse –y hasta enriqueciéndose– la experiencia de aniquilación que el sistema político le había deparado, y volver así a la posesión de su condición humana”. De este modo se privilegia la experiencia del recuerdo de lo bello amado y recordado como la posesión de un tesoro. Para los griegos Lethe era la diosa del olvido. Este nombre agrega una partícula privativa a la raíz de esa palabra para acuñar el sustantivo *aletheia*, que significa “verdad”. La verdad del sujeto, su riqueza, está en su memoria. Vale decir, los griegos pensaban a la verdad como la negación del olvido.

Podemos pensar la creación del «reloj», la posibilidad de recordar poesías y evocar pinturas, como un elemento simbolizante y reorganizador de la mente. Una situación, un aroma, una melodía, una palabra, pueden desencadenar un proceso. El ser humano depende de palabras, de gestos, de señales externas contextualizadoras. Cuando se lo somete a una carencia de este flujo durante un tiempo prolongado, sufre una desincronización progresiva de sus ritmos de sueño/vigilia, frecuencia cardíaca, respiratoria, de discriminación entre el mundo interno y el mundo externo, pérdida de la noción del sí mismo. Pero suele bastar que aparezca un elemento adecuado para que se sincronice. Esto puede suceder con la presencia de un rostro conocido, de una palabra familiar, de la voz de la madre en una multitud. Estos elementos remiten a algo familiar y hacen de referencia en condiciones de falta de los parámetros habituales. Podemos pensar que Mike, Semprún y Castillo tenían una posibilidad previa de fabricar un elemento contextualizador, que los remitiera a lo valioso, a lo referencial de la propia existencia, que después pudieron utilizar para materializar su poderoso deseo de sobrevivir.

Volviendo a nuestros sujetos, Mike inviste su “reloj” con una cualidad ilusoria: ya sé que no lo es, pero aun así... Su factura recuerda la de un juguete, pero el discurso que lo acompaña lo ubica como algo que rescata a su autor de la muerte por anomia. La desmentida le permite imaginarse un hombre entre otros hombres, olvidar el universo que está viviendo. El “reloj” crea a Mike como sujeto. El otro de lo real imposible es el nazi, lo

imaginario y lo simbólico son creados por Mike con este objeto, semblante que tapa el dolor.

En cuanto a Semprún y a Castillo, la memoria se hipercatectiza, deviniendo un reservorio nutriente, un tesoro de recuerdos que priman en la conciencia sobre la realidad externa por la acción de la desmentida. La disociación del yo en un aspecto que reconoce y otro que niega la realidad traumática, abre la posibilidad para la creación de la ilusión.

La necesidad de otorgar sentido para sobrevivir a la circunstancia traumática, queda confirmada por un caso contrario: tuve ocasión de preguntarle personalmente a Semprún (1999) a qué circunstancia o condición atribuía la sobrevida en los campos. Su respuesta fue: Tener un sentido para su experiencia, para el futuro, un proyecto que lo esperase. Podríamos decir: un inmovible deseo por la vida, apoyado en un proyecto para un futuro al que se le otorga lugar psíquico. Para ilustrar lo dicho me relató que un grupo de 600 policías de Copenhagen fue llevado al campo de concentración, porque el alcalde de esa ciudad se negó a entregar a los habitantes judíos. Estos policías daneses llegaron en excelentes condiciones físicas, conservaron sus vestimentas que los protegían del frío, no fueron sometidos a un régimen de privación extrema y sin embargo, morían como moscas. La causa, dice Semprún, es que no tenían mayor conocimiento ni convicción de las razones de su apresamiento. Los prisioneros políticos españoles, como él mismo, en pésimas condiciones de dieta y abrigo, se mantuvieron vivos en gran proporción, pero eran militantes y creían en una causa compartida. Esto les daba un sentido a su sufrimiento y el deseo de tener oportunidad de llevar a cabo sus proyectos los defendía de la muerte.

En 1982 Donald Winnicott escribió que la experiencia cultural no había encontrado su lugar en la teoría utilizada por los psicoanalistas en su trabajo teórico y clínico. Podemos afirmar lo contrario, ya que Freud funda la existencia del psiquismo en un hecho mítico-cultural, el parricidio, y Lacan no cesa de introducir la cultura a través de la Ley del Padre. Las consideraciones de Castoriadis, Puget y Berenstein acerca de lo transubjetivo van en igual

dirección, de aquilatar la dimensión de lo social en nuestro pensamiento acerca del individuo. A éstas podemos sumar contribuciones de muchos autores como Bleichmar, Kaës, Piralian, Pelento, Braun, Amati, Kestemberg, Viñar y muchos otros, que han estudiado las consecuencias de los genocidios en diversos continentes.

Es valioso tener en cuenta las diferencias que establecen algunos autores entre trauma, acontecimiento y catástrofe. Según Lewkowicz (2003) el trauma acontece cuando, a pesar de la conmoción sufrida, el aparato psíquico puede retornar a modos de funcionamiento previos. Si el aparato es arrasado, sin posibilidades de recomposición, estamos frente a una catástrofe. Acontecimiento supone pensar una experiencia, una situación que no se apoya en un saber pasado, sino en una posibilidad de inventar una experiencia nueva, ya que se detectan orígenes múltiples que crean situaciones nuevas. Cuando la clínica nos presenta sujetos afectados por estos procesos, el analista no se reduce a encontrar lo que ya existía, ya que la trama existencial se ha perdido, sino que colabora para crear contenidos nuevos, que den lugar a un producto diferente. Se trata de una nueva producción de sentido, a partir de un real nuevo que ingresa, que debemos ayudar a significar mediante nuevas simbolizaciones.

Este trabajo se centra en las condiciones de sobrevida en situaciones de catástrofes sociales que ocasionan anomia y desubjetivización. Estos procesos pueden ser considerados desde varias vertientes, como la desaparición del sujeto y del discurso o el ataque a la identidad y a la historia. Me he concentrado en el estudio de la generación de condiciones de sobrevivencia, que consisten, a mi entender, en la creación o recreación de la experiencia simbólica, de una dimensión transubjetiva que une al sujeto con aquellos otros con los que comparte la historia, los valores y los ideales. Pienso que la base de esta posibilidad de generación del universo compartido es una fuerte pulsión libidinal, un poderoso deseo de sobrevivir, deseo del que depende la posibilidad de sostener la investidura de una ilusión, de una creencia. La disociación yoica y la desmentida juegan un papel importante en su realización.

Resumen

Simbolización y supervivencia: el objeto salvador

Fanny Blanck-Cereijido

En este trabajo se sostiene que las posibilidades de supervivencia frente a las catástrofes sociales residen en la conservación o restauración del registro simbólico. En los casos descritos esto fue logrado merced a la construcción de objetos con características ilusorias, a la hipercatexia de la memoria junto a la desmentida parcial de la realidad inaceptable.

Summary

Symbolization and Surviving: The rescue object.

Fanny Blanck-Cereijido

This paper supports the fact that the surviving possibilities facing up to social catastrophes, lies in the ability to conserve or restore the symbolic register. In the described examples, this has been achieved by the construction of objects with delusional characteristics, also by the hypercathexis of the memory adjacent to the partial denial of unacceptable reality.

**Descriptoros: SOCIEDAD / CULTURA / CREENCIAS /
IMAGINARIO / REGISTRO SIMBOLICO /**

Bibliografía

- BETTELHEIM, B. (1960) *The Informed Heart*. Avon Books, New York.
- BLANCK-CEREIJIDO, F. (1998) El Objeto Salvador. Espectros del Psicoanálisis, N° 2, Editorial La Tinta en el Diván, pp 227-235.
- BLANCK-CEREIJIDO, F. (2003) Simbolización y Supervivencia. Versión Electrónica, Foro Preparatorio del Congreso del FEPAL, 2004.

- BLEICHMAR, S. (2003) *Clínica Psicoanalítica ante las Catástrofes Sociales*. Compilado por D. Waisbrot, M. Vikinski, C. Rolfo, D. Slucki, S Toporosi. Paidós, Buenos Aires.
- CASTILLO, J. (1994) Presencia del Arte en una Experiencia Límite. En: *Interpretar, Conocer, Crear*. Editado por R. Bernardi, B. de León, M. I. Siquier. Ediciones Trilce, Montevideo, pp. 136-160.
- CASTORIADIS, C. (1987) *The Imaginary Institution of Society*. The MIT Press, Cambridge, Massachusets.
- COROMINAS, J. y PASCUAL, J.A. (1980) *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*. Gredos, Madrid.
- FERRATER MORA, J. (1958) *Diccionario de Filosofía*. Sudamericana, Buenos Aires.
- LEWKOWICZ, I. (2003) *Clínica Psicoanalítica ante las Catástrofes Sociales*. Compilado por D. Waisbrot, M. Vikinski, C. Rolfo, D. Slucki, S. Toporosi. Paidós, Buenos Aires.
- HADDAD, G. (1993) *Los Biblioclastos*. Espasa Calpe, Buenos Aires.
- MOLINER, M. (1990) *Diccionario del Uso del Español*. Editorial Gredos, Madrid.
- PIRALIAN, H. (1987) *Genocide et Transmission. Sauver la Mort. Rapport au Colloque Centre National de Recherche Scientifique-MIRE: Recontres avec la psychanalyse, Les fonctions du père*.
- PONTALIS, J.B. (1977) *Frontiers in Psychoanalysis*. International Universities Press, New York.
- RICHMOND, T. (1995) *Konin*. Pantheon Books, New York.
- SEMPRÚN, J. (1995) *La Escritura o la Vida*. Tusquets, Barcelona.
- SEMPRÚN, J. (1999) *Comunicación Personal*. México, D.F.
- VIÑAR, M. (1994) Experiencia Límite y Capacidad Transformadora. Reflexiones en torno al texto de Jorge Castillo. En: *Interpretar, Conocer, Crear*. Editado por R. Bernardi, B. de León, M I. Siquier, Trilce. Montevideo.

WINNICOTT, D (1971) *Holding and Interpretation*. Grove Press, New York.

WINNICOTT, D. (1982) *Playing and Reality*. Routledge, New York.